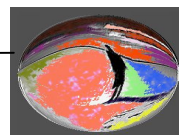


INDIVIDUALIA Revista Sin Ideas
Nº 2 otoño-invierno (2013)



Física fideísta

Pascual Velázquez Vicente

(Peatón e hijo de vecino)

- Ave María Purísima.
- Sin pecado concebida.
- Me acuso padre de que no creo en los curas.
- Yo... tampoco.

Un paréntesis de incertidumbre rasgó la penumbra constreñida entre los arcos de la iglesia. Se movió la cortina deslizando sus ruedecillas sobre la barra metálica. Cedió el cerrojo que bloqueaba la pequeña puerta, y una masa oscura ocultó un instante la luz que se filtraba a través de la vidriera.

- ¿Puede verme?
- Sí, padre.
- Respondo al nombre de Joaquín, ciento tres kilos en canal... Si puede verme ¿para qué necesita “creerme”?

Visto desde abajo, aquel sujeto proyectaba una sombra de descomunales proporciones.

- ¿Cómo dice?... me mostré tardo, vacilante y confuso por la estentórea voz del coloso.
- ¿Que para qué una creencia si tiene una evidencia?
- Quise decir... que no creo en lo que usted cree.
- De modo que cree que yo creo algo... definitivamente es usted un creyente. ¿Para qué se acercó entonces a confesar, hijo?
- No vine a confesar...
- Está usted en un confesionario... ¿Y qué hace de rodillas al otro lado de la rejilla?
- ¿...?
- Con la expresión “Ave María Purísima”... ¿Anda usted habitualmente saludando?

La escueta artillería dialéctica de aquel tipo me tenía noqueado. Me rehíce como pude y, ya de pie, traté de dar aliento a estos primeros tropiezos, dotando de razones mis trastabillados razonamientos.

- ¡Que no soy creyente, padre!
- ¿Entonces...?
- Se pregunta... entonces... ¿qué hago yo aquí?
- No. Se lo pregunta usted.
- Pues... anduve deambulando por las esquinas de esta vieja ciudad de Santo Domingo y, cuando caí en la cuenta,... los pasos me habían traído hasta su puerta. Vi al único ser humano dentro del confesionario... y no buscaba un sacerdote ni una oración... tal vez sólo a un hombre o algo de conversación.

-Aguarde allí-, me dijo cual Colón señalando con un rígido brazo hacia el portón.

Los acompasados sonidos sordos de sus zapatos reverberaban en la atmósfera de la iglesia. Fue hacia una dependencia del fondo que debía ser la sacristía. Poco después, milagrosamente, se operó una transformación: la rigurosa sotana que vestía el presbítero se vio convertida en una trinidad de zapatillas, americana y pantalón.

La noche había cegado las vidrieras y la luz de las débiles bombillas había sido cercada por la tiniebla. Virando en redondo el sacerdote recorría el perímetro del templo. Inició una genuflexión al pasar ante el altar mayor, después continuó su previsible itinerario hasta llegar a la puerta principal.

-¿Me acompaña?,- dijo.

A continuación, con un gesto automático de los dos brazos, atrajo hacia sí las viejas y ruidosas hojas, cerrando de un portazo. Los últimos estertores de la época de lluvias habían puesto un broche de notas húmedas a la calidez de la noche.

-¿Hambre?, le dije.

-Lo justo... ni mucho ni poco... una cosa que está bien.

Mi mano exploró el fondo del bolsillo derecho y extraje unos pesos.

-¿Un mangú?

-Con eso que tiene ahí puede añadirle al plátano hervido su respetable cebolla frita, su salami, su queso y algún huevo bien hecho.

Encaminamos los pasos a un honesto mesón del que colgaba un cojo cartel de madera. Se hizo llevadera -con sendos vasos de ron- la vigilia a la espera de la cena. Envueltas en los vapores del alcohol, las miradas encontradas no ocultaban su satisfacción. Dos voces templadas llenaban con palabras los huecos del comedor.

- De modo que no es usted creyente.
- Como le dije antes... No.
- Entonces, ¿cree usted que no existe Dios?
- Esta vez no me dejaré coger. Si pudiera hablarle con franqueza le diría... que las ciencias sin objeto son sólo verborrea y algarabía.
- Y se refiere usted...¿Por ejemplo?
- A la Teología.

En este punto el párroco calló, sacó la cajetilla de tabaco, tomó un cigarrillo y, tras ofrecer otro, lo encendió, cruzó los brazos sobre el pecho y esperó. Recobrado el aliento reinició la conversación.

- Me disculpe si ahora no me levanto y me marchó, pero es una pena malversar una cena después de pródiga invitación. Extraña técnica de comunicación profesa usted... consistente en intimidar a un cura e insultar a nuestro Dios. Los prolegómenos de la cortesía están de más para mi curioso conversador.

-Discúlpeme usted padre... que de inmediato cambiamos de conversación.

Otra nueva calada. Del denso humo emerge una mirada que dota a la silueta del cura de un nuevo aire de satisfacción.

-Hable usted, hombre, exponga su razón... y no se preocupe mucho si aquélla adopta los perfiles arrebatados que le confiera la emoción.

-Es que, Don Joaquín, cuesta entender que pueda haber, en el siglo XXI, oficios como el suyo y hombres como usted.

-Me debe reconocer que no le llamé yo... que libremente a la iglesia fue.

-Así es.

-¿Por qué?

-Porque... la verdad... no me saben dar razón de algunas inquietudes de la vida... en la universidad.

-¿Es usted alumno?

-Doctor... Torcuato es mi nombre, disculpe de nuevo mi torpeza por no haberme presentado todavía.

-¿Y bien?

-Debo informarle de que, tras examinar una oblea y una hostia consagrada, –convenientemente sustraída de su última eucaristía-, no acerté a determinar la presencia de aditamento alguno que estableciera entre ellas una diferencia. Ningún evento que en la tabla periódica de elementos no tuviera convenientemente previsto su asiento.

-¿Y qué concluyó de tal experimento?

- Que parece... su trabajo... un juego de palabras sin nada debajo.

-¿Qué esperaba usted encontrar?

- Sólo restos de vino, de pan... y nada más. ¿Lo puede usted probar?

- ¿El qué?
- Lo de la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo.
- No.
- ¿Entonces qué?
- Entonces... lo puedo creer, para eso está mi fe. Mire usted. Cada domingo en la eucaristía...
- Ya sé... se recuerda la última cena de Jesús y se representa...
- ¡Nada!, ino se representa nada de nada! Cada domingo en la eucaristía tiene lugar el milagro de la Transustanciación. El pan y el vino se transforman... ¿Me ha oído bien?... s-e t-r-a-n-s-f-o-r-m-a-n en el cuerpo y la sangre de Cristo, y esto es un dogma fundamental del catolicismo.
- Es usted un dogmático.
- ¡En sentido estricto!, tengo una doctrina propia que exponer. ¿Usted no lo es?
- Me refiero a que se muestra intransigente.
- ¿Acaso no le estoy escuchando?, ¿no estamos hablando? Dos conclusiones sí saco: la primera es que usted es un ladrón –así puede denominarse al que se apropia indebidamente de algo y le da un uso perverso, aprovechándose de la generosidad del que lo ofrece-. La segunda es su sobrada torpeza. ¿Qué proceso químico le iba a revelar el cuerpo y la sangre de Cristo? ¿Sometió la muestra a electrólisis?, ¿tal vez fermentación?, ¿una oxidación, a lo mejor?...
- No se burle, padre. Lo cierto es que no resultó nada de nada.
- Observo por su mímica que, como para aquel premio Nobel español, todo le parece cuestión de física y química.
- Buena razón tenía el profesor Ochoa.
- De modo que, si sometemos a un proceso químico de combustión *La Odisea*, de Homero, y el manual de instrucciones de una televisión, podemos concluir que las dos... ino son más que... cenizas, dióxido de carbono y agua con liberación de calor!
- Oiga, padre, no se sulfure... que a quienes se mezclan con el azufre les queda impreso un aspecto demoníaco. Le digo que el trabalenguas de la eucaristía no es diferente del galimatías de la Trinidad, o de ese quimérico fraude de la resurrección de la carne. ¡Procesión de desatinos delirantes!
- Querido amigo, la fe ofrece una explicación elegante a sus insolubles interrogantes.
- Para una explicación mejor, le sugiero que recurra a la materia y a la razón.
- ¿Materia y razón?
- Sí señor, aquí y ahora mismo... ilustrada razón y materialismo salvador!
- Si atiende usted, analfabeto profesor, puedo aventurarle algunas consideraciones sobre eso de la materia y eso otro de la razón.

-Soy todo oídos.- Y efectivamente, no tuve más remedio que ser todo oídos porque su verbo derrochador me impidió durante un buen rato meter cuchara en la conversación.

-Querido amigo, “intelectual” fue en sus orígenes un vocablo para ridiculizar a dignos escritores y comprometidos pensadores, como Émile Zola o Anatole France, cuando quisieron tratar, allá en las postrimerías del siglo XIX, que se respetara la justicia en el nombre de un judío capitán que el Gobierno francés quiso depurar. Pues bien, hoy al “clérigo” se insulta imputándole dogmatismo y rigidez, acusándole de ser hombre de ideas tan negras y vanas como el color de sus sotanas. Equivoca usted el camino si al término “clérigo” -que no es más que hombre de letras- le asigna otro sentido.

-¿De qué me está usted hablando?

-De razón, profesor, de razón. ¿Sabe si en la Universidad se dan hoy razones de la razón?

-¿Qué juego de palabras es éste?

- No me lo tome usted a mal, ni piense que es irónica sevicia... recordarle a un profesor universitario que la Universidad fue concebida en el regazo de una escuela catedralicia. No desafino... la universidad española tiene su filiación en el Estudio General Palentino, allá por los comienzos del siglo XIII. La clerecía entonces era un oficio noble, bueno noble no, porque los nobles se vanagloriaban de no tener oficio.

Debo recordarle que, cuando se desplomó el Imperio Romano, libros y sabios sólo hallaron refugio en iglesias y conventos, y allí fueron convenientemente custodiados. Que, en Toledo, tradujimos al romance castellano -y luego al latín- el legado grecorromano... sí, el que yacía bajo un rebozado de escritos mahometanos; que fueron nuestras manos las que generosamente entregaron estas joyas al resto de los humanos. Le hablo del tiempo de Tomás de Aquino y le digo más... de su “razón” fue deudora la razón que utilizó Karl Marx.

-Pero hombre, algo hemos andado desde el Medievo... No me venga con zarandajas... que la razón y la ciencia moderna no pudieron abrir sus alas hasta que se desembarazaron de sus católicas mordazas.

-¿Fueron ateos Kepler o Newton? ¿La Astronomía y la Física modernas no se abrieron paso en las católicas eminencias de Copérnico y Galileo? ¿Y dónde fue eso sino en la clerical Italia?

- ¿Qué?... En cualquier caso... yo me refiero a la razón ilustrada.

-¿Y esa cuál es?

-Pues esa... la de Diderot, la de D’Alembert, la de Voltaire... La que nació con la Ilustración francesa.

-¡Válgame Dios, la razón ilustrada! ¿Acaso la razón ilustrada no fue la que precedió a ésta más de dos milenios atrás... la de Pitágoras, Platón, Aristóteles y demás...? El término francés era sólo un adjetivo... el adjetivo...”ilustrado”, por cierto que... para que no muestre mutilado su sentido... ha de ser presentado junto con el sustantivo al que estuvo

encadenado: “despotismo”. ¿Qué fue la razón ilustrada sino ideología y teísmo embozados?

-A la que debemos el laicismo... emancipación de las católicas cadenas.

-El laicismo ¿francés?

-El mismo.

-El que trató de nombrar directamente a los obispos y como no lo consiguió... pues los persiguió. Centros religiosos cerrados a centenares y sus celosos ocupantes unos asesinados, otros escondidos y huidos en desbandada hacia el sur... no volviendo a mirar hasta dejar los Pirineos atrás.

-Yo ya no sé... pero todo eso es historia... yo hablo de la física actual.

-¿De cuál?

-De la gran física contemporánea.

-A finales del siglo XIX, y depositando sobre las espaldas de la Teoría de la Entropía una carga que no le correspondía, la grey física vaticinó la muerte térmica del Universo, un proceso continuo e irreversible de enfriamiento. Debieron calcular mal porque, cien años después, nos quieren intimidar con el calentamiento global, debe ser, pues, que estamos en el mundo al revés.

No poco estupor causa la tesis del “principio antrópico”, para la que el universo mundo parece haberse concebido como hábitat humano, y cualquier variación en las condiciones del planeta habría determinado la sustitución del hombre por otro fulano. El Universo se va a desgarrar (*Big Rip*), o se va a aplastar (*Big Crunch*) o después de un “rebote” tendremos un nuevo *Big Bang*, y quien discute a Dios no tiene empacho en admitir que todo ocurrió a partir de una explosión... La explosión ocurrió y no sé el porqué... ¡Ah sí!... una “fluctuación cuántica” dicen que fue,... ¿que qué? Que no lo sé... ¿lo sabe usted?... ¿Y qué ocurrió antes de la gran explosión? Nada ¿Y la nada qué es? Señor, Parménides en su viejo poema lo había dicho mejor. Han cambiado de Dios, pero estos científicos sacerdotes carecen de nuestra vocación.

Te enseñan una longaniza de ecuaciones, una foto de Einstein y pare usted de contar... pero ¿se puede saber si alguien ha hecho algo más que elucubrar con la teoría de la relatividad?... caraduras y astrólogos de nuevo cuño que usan como único apoyo el argumento de autoridad. Vuelva la Física a su objeto y deje a los profetas los menesteres del vaticinar.

La cena había terminado tiempo atrás. Los pasos y las palabras trenzaban en la madrugada una acompasada melodía. Patrullamos las calles sin medida, debimos dirigirnos hacia el Este porque vimos aparecer a nuestros ojos los rayos de la primera luz del día.

-¿Y qué entiende un cura de Física?

-Nada, ¿acaso no hablábamos de Teología?

Murcia, 9 de diciembre de 2013.